**Una ciudad en la noche oscura**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático jubilado de Lengua española

Me aventuro a salir a la calle, a tardear por la ciudad. Son las seis de la tarde, y ya las nubes de oscuridad se derraman por las calles. Todavía los puntos de luz no han explotado de alegría. Mis ojos se entristecen en la penumbra. Solo hallo la seguridad del suelo conocido. Piso, luego ando. Voy por la calle Oficios. Me esperan una verja de hierro antiguo calada por el aire y henchida de crestones fieros, y un empedrado suave, bicolor, de encaje punto de cruz. Se oye la penumbra y casi el respirar de cuatro muertos ilustres. Creo que hubo un tiempo en que Juana de Castilla se le apareció al alcalde y le conminó a no encender luminarias ni directas ni indirectas para no interrumpir su camino a la capilla real de Granada transportando los restos de Felipe el Hermoso. Me han dicho que en otra ocasión y con otro alcalde, al sentir ondear pendones, se levantó Isabel la Católica y ordenó retirarse a todos porque tenían que dormir en la paz de la oscuridad. Y yo sé de buena tinta que a Alonso Cano le molesta la incandescencia de su piedra y no permite que la fachada de la catedral pierda los claroscuros que él diseñó. Así me lo ha dicho el actual alcalde de la villa. Pensando en estas cosas deambulo como alma en pena por los huecos de los edificios, tocando paredes frías y huyendo del imperio de la oscuridad. Salgo de allí como puedo, y al estirarse la calle observo atónito la Alhambra iluminada. Me acerco más. Es un barco flotante en la mar de la noche proa hacia el cielo, torre de mando con velas encendidas. Las llamas en la base como alas procelosas hacia arriba. La noche ya ha borrado los arcos de los puentes luminosos de la carrera del Darro, igual que se borraron las madejas sinuosas del agua hecha confeti en el triunfo de Buïgas.

Por la tarde de otro día quise subir con mis dos hijos al Castillo de Santa Catalina de Jaén, cuesta arriba, a pie, desde Millán de Priego. Treinta minutos pasaron veloces, y el castillo cada vez se alejaba más. La carretera ayudó y la botella de agua hizo el resto. Pasamos el castillo y nos aproximamos a la cruz. Vista espléndida de la ciudad. La noche empezó a esparcir negrura, pero surgió el fuego poco a poco. Veo las torres enhiestas de la catedral, espadañas en formación. Avanzan en ascuas hacia arriba. Pretenden rivalizar con el castillo incendiado. El frontal es impresionante, pero el cuerpo de león sentado estira su cola hacia la vega. Sin darme cuenta la ciudad se ha incendiado por varios sitios: por san Ildefonso, por el parque, por el Gran Eje, por la estación del tren, por la plaza de san Francisco. Surgen nervios por todos lados, ciudad sin tejados y paredes encendidas. Vago por el castillo de santa Catalina y atisbo la piel de la vega, el silencio de la sierra. Camino con magia por el castillo. Busco brujas y encantamientos, y me bajo camino de las luces de la llanura.

Otra noche, la odisea es en Almería. Salgo a recorrer el casco histórico. ¡Cuántas veces lo habré sentido! Oigo que una voz relata a un grupo de parejas: $«$La majestuosidad de la catedral deslumbra por sí sola. Un monumento arquitectónico único en toda España. Es la única catedral que ostenta la naturaleza de fortaleza, y eso la hace un bien de interés cultural. Es una visita obligada para conocer no solo esta magnífica construcción, sino su espléndido y lujoso interior, así como la zona en la que esta se ubica, cuna del nacimiento de toda una preciosa ciudad». Desde aquí veo ya la fachada iluminada, radiante, queriendo clavar sus pilares en el suelo. Varias palmeras tímidamente la saludan. ¿De quién será el sol de la piedra? Es un sol al que la noche no le deja alumbrar. Una luz lo tiene hundido en la piedra. Es mágico rodear esta catedral encendida. Pero en lo alto aparece La Alcazaba. Otra fortaleza en las alturas, visible en la oscuridad de la marisma. Parece de cartón piedra, parece de crema, parece suspendida en las velas de un barco. ¡Quiénes morarán en ella! Algún rey, algunas princesas, algunos guerreros. Pensando en mis cosas bajo, bajo hacia el mar. De repente me embriaga el chorro de hierros ardiendo sobre la playa. Es un escuadrón de lanceros huyendo sobre las olas. Es el esqueleto de una ballena varada. Es el Alquife que gime junto al agua a la espera de los barcos lejanos que le den movimiento, tránsito y voracidad.